

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ESPAÑOLA.



(Jesus y S. Juan, niños.—Cuadro de Murillo.)

Una obra que tuviese por objeto presentar á un niño dando cariñosamente de beber á otro, deleitaria sin duda alguna; y bien ejecutada bastaría para acreditar á su autor. Murillo no nos da aquí un juguete, sino un misterio: porque este pintor tan piadoso como hábil, consagrando su talento á la Divinidad, apenas empleó su pincel mas que en tratar las cosas del Cielo; y como su corazon tierno y sensible habia bebido el verdadero espíritu del Evangelio, todo dulzura, todo paz, todo bondad, retrata en sus producciones á la Religion con tal sinceridad que la hace amar. Los juegos pueriles, las ocupaciones domésticas, las lecciones de la niñez, el reposo de un alma virtuosa se ennoblecen, se divinizan en su mano: á cada paso ofrece á nuestros ojos al Criador, no cabalgando sobre los aquilones, quebrantando los cedros del Líbano, deritiendo como cera los montes, sino vestido de nuestra carne, complaciéndose en su anonadamiento, y como repitiendo aquella espresion: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*. Enagelado con la contemplacion de verdades sublimes, en los rasgos con que particularizó la idea de este cuadro, al mismo tiempo que recrea nuestra vista, eleva nuestra mente hasta el sólio del Eterno. La inocencia, el candor, la tierna sonrisa, la amabilidad infantil son velos que esconden la magestad del que afirmó sobre sus eges el universo: el cordero inmaculado en actitud reve-

rente mira y nos significa que cede su lugar á la víctima señalada por el dedo de Dios en la eternidad, como única, santa y aceptable en su presencia: otro niño, á la verdad miserable mortal, pero aun antes de nacer puro como el lucero de la mañana, en lugar de los entretenimientos propios de su edad, ostentó el árbol de la Cruz, se postra ante aquél, en cuyo nombre se dobla toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en los infiernos, y se muestra sediento, no de las aguas de un rio de Palestina, sino de las que manando del trono de Dios, apagan la sed espiritual, é inchen de deleites el corazon. Y el Salvador Niño al aplicar á sus labios el agua santificante, señala con la otra mano el cielo, que cerrado al hombre durante cuarenta siglos, se abre entonces para franquearle la entrada, descendiendo los espíritus angélicos para adorar en la forma de siervo y en los primeros años de su vida mortal al Verbo, cuya generacion en el seno del Padre no es dado á lengua criada referir y contar. El espectador al acercarse al cuadro y advertir lo que contiene, se olvida de lo que ha trabajado un hombre; adora al que le inspiró el pensamiento, y se retira lleno de respeto y veneracion.

Sus dimensiones son 3 pies y 8 pulgadas de alto, y 4 pies y 6 pulgadas de ancho, y ocupa en el Real Museo el número 202.

COSTUMBRES ANDALUZAS.

UN MAYORAZGO.

.... Desde la mas remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer.—Figaro.

¿Pensais, lectores míos, al ver este epígrafe que soy enemigo de los mayorazgos? Pues os equivocais de medio á medio por dos potísimas razones. La primera es de humanidad, ó de *filantropía* como se dice á la *dernier*. La segunda raya un punto mas alto y sutil que la anterior, y por eso la omito de propósito: no creais que voy á calentaros el magin, disertando cual otro Molina sobre los antedichos mayorazgos. Baste, pues, al objeto del presente articulejo, que conozcais cuan poco caballeroso y delicado sería atacar hoy una institucion que ha merecido el odio de nuestros representantes, quienes han hecho tiras y capirotos las tales vinculaciones, proporcionando al paso dorados bustos de nuestros católicos monárcaas á jueces y abogados, escribanos y alguaciles, gracias á la claridad y precision de las leyes que sobre la materia rigen.

En este punto soy de aquellos que, al revés de ciertas gentes, atiende á las personas, no á las cosas; y bajo tal supuesto, si alguno de los que llevan pendon y caldera en los cuatro reinos se creyese aludido en el boceto que trazamos, no culpe al autor del cuadro; antes bien cúlpele á sí propio, si reconoce que tal su madre le parió. ¿Por ventura, si un hombre de nariz ensortijada, de molletes rollizos, ó salpicados de berrugas, tuerto, boquiblando, con una oreja de menos y frente de calabaza, concurriese al estudio de Lopez, de Madrazo ó de Esquivel, y cualquiera de estos pintores diseñase su faz espantable y contrahecha, tendria derecho á quejarse, al hallar reproducidos en el lienzo uno por uno todos los rasgos de su original fisonomia? No por cierto; y eso que su amor propio habria de sufrir en la contemplacion de semejante espectáculo, porque los defectos del cuerpo no pueden evitarse, al paso que los del espíritu admiten correccion.

Vamos al caso, pues, y prestadme atento oído. En una de las ricas poblaciones que pertenecen al reino de Sevilla, vivia de tiempo antiguo la familia de cierto propietario, cuya sangre corriera en siglos mas dichosos por las venas de algunos héroes andaluces; pero que, á la manera de aquellos rios, claros en su origen, turbios y muy turbios despues, hubo de mezclarse con la oscura sangre de pages y escuderos, para mengua del ancho y limpio blason de los respetables ascendientes.

Figuraos un amplísimo ingreso, cuyos costados ocupan dos enormes pilastras de ladrillo, pintadas de vivísimo almazarrón, y embadurnadas en varios puntos de ocre puro. Añadid un patio inmenso é irregular, en el que crecen sin orden ni concierto algunos viejos naranjos y acopados limoneros, sombreando á trechos los denegridos cráneos de ciervos y jabalíes que cuelgan de aquellas paredes, como trofeos de añeja fecha;

y juntad á todo esto una escalera de marmol, y hasta una docena de habitaciones en el piso principal con otras tantas en el bajo; y tendreis cabal idea de la histórica morada donde vió la luz primera D. Ruperto Cartulina y Brutamonte, cuyos altos hechos sirvieron por largo espacio de plática sabrosa á los rufianes y mozos avisados de Jerez, á los tahures de Mairena, y á los barqueros y patronos de las orillas del Betis, desde que baña el barrio de Triana hasta las alegres playas de Bonanza.

¡Lástima grande que el tiempo corredor y antojadizo haya agolpado mil y mil sucesos, los unos tras los otros, borrando la memoria de aquel insigne varon, del mismo modo que raspó y desgastó los epitafios de *Francisco Esteban*, de *los niños de Ecija*, y de *Pepe Yllo*, á pesar de que su fama y nombra-dia ha llegado en confuso hasta nosotros.

Por esta causa habrémos de contentarnos con los ligeros apuntes biográficos, que leímos dias pasados en la cartera del Padre Anton, Capellan y Coronista de la ilustre casa de que tratamos; procurando antes, á fuer de escrupulosos traductores, reducirlos al idioma vulgar, y descartar de ellos cuanto á nuestro propósito no atañe.

Apenas los delicados miembros del jóven Cartulina (dice el reverendo escritor) podian mantener su tierna humanidad, ya los labriegos del contorno, prendados de sus gracias, y embebecidos contemplando la afiligranada persona de que le habia dotado el cielo, corrían á su rededor y se solazaban con el niño, quien se divertía á placer, ya clavando agudos alfileres á los gatos que dormían sobre el rescoldo, ya apedreando á los gozques y lebreles de los amigos del papá; ora rompiendo los cristales del estrado, ora tirando á la nodriza de los pelos, cuando la hallaba distraída ó soñolienta. Los criados y comensales reían á carcajadas, ponderando *la buena índole*, la travesura y donoso ingenio del muchacho, y los años corrían entre tanto, de suerte que llegó el tiempo de ponerlo en la vecina escuela antes de lo que él quisiera, si bien mucho despues de lo que su edad y el dómíne pedían.

Ocioso deberá de ser, á la par que molestó el referir sus adelantos, cuando no se hace de ellos mérito alguno, y llena el coronista este vacío con apuntar que transcurrido un lustro, sabia perfectamente poner su firma en letra *coreada*, tan grande y hermosa como los caracteres de un libro de facistol.

¿Y quien nos diera la chispa y el donaire de pintar con vivo colorido sus carreras sobre un fogoso alazan; su estupenda habilidad para *rasgar* un fandango á media noche en la guitarra, bajo las celosias de su hermosa enemiga; su gala y apostura en fin, cuando rondaba la calle, cuando escupia por el colmillo, ó cuando al lado de alegres camaradas apuraba hasta las heces un corpulento vaso del jugo de las cepas?

¡Oh, váleme el Cristo de Zamarrilla, y que caravanas corrió, y cuanto bureo, y cuanta zandunga, y cuanto salero con la gente del bronce gastó!

Pero mal haya la buena vida, que pronto se pasa, clamaba Ruperto, cuando sonando el clarín y la ca-

Ja desde Santa Elena hasta las murallas y los barquichuelos que bogan ligeros cerquita de Cadiz, se puso toda la tierra andaluza como un hormiguero, que bullía, que entraba y salía gritando á las armas por todas partes, y demandando de todos sus hijos guerra sin tregua al coloso de Europa.

La fortuna, que para mayores empresas le tenia destinado, púsole un corvo alfanje en las manos y una *uña de leon* en el hombro izquierdo; y mezclando con otros oficiales, á quienes la roedora sátira llamó entonces *del diluvio*, supo el bravo Cartulina abrirse el camino real de la gloria, aunque la intriga villana, y la envidia siempre perseguidora del genio, lo dejaron clavado á la mitad del arrecife. Verdad es que por aquellos tiempos no eran conocidos los ferrocarriles, ni otros inventos modernos, aplicados á nuestras vías; y tal vez por esta razon hubo de atascarse su *voiture* en la cuesta penosa y agitada de la inmortalidad.

Sea de ello lo que quiera, hemos en tolo de atennos á los rasguños del buen Padre, que anda asi en esta, como en otras partes de su verídica historia, mas bien á caza de novedades pueriles y de hechos poco notables, que en busca de atina las reflexiones, que nos muestren la filosofía y el criterio del diestro narrador de sus proezas.

Bajo una triple fila de puntos suspensivos nos refiere que brilló la pericia militar, la serenidad y el ardimiento del jóven mayorazgo en las gloriosas retiradas de Alcolea, de Ocaña y de Mauid, en cuyas jornadas, si el hermoso caballo que montaba corrió á las mil maravillas en opuesta direccion del enemigo, no debemos atribuirlo á falta de corage en el ginete, sino mas bien al desagradable olor de la pólvora, que hubo de molestar al delicado olfato del terrible bruto, poco práctico en achaque de sahumeros de esta ó parecida especie.

Por otro lado su mala estrella le alejaba de las victorias de nuestro ejército, al paso que le ponía con su escuadron en medio de cuantas derrotas sufríamos; y á semejante fatalidad debió sin duda el convencimiento íntimo de que Dios no le llamaba por este camino, segun lo repitieron mas de una vez sus gefes y compañeros.

Aburrido y sin esperanza de ascensos, casi estaba resuelto á pedir la licencia absoluta, cuando un lance imprevisto le afirmó decididamente en su propósito.

Era un dia del mes de Julio, y el sol picaba á mas y mejor, á tiempo que Cartulina seguido de unos cuantos caballos acertó á pasar por una fresca alameda, cansado y mohino por lo enfadoso de la marcha, y por el calor natural de la estacion. Pero, ¿cuál fué su sorpresa, mis lectores, al ver en mitad de la espesura sentado un mozo, que no bien lo divisó, corrió desalado hácia el?—¡Vos por aquí, Señor D. Ruperto! (le dijo) ¡Cuánto me place el veros y el estrecharos en mis brazos!—Y diciendo y haciendo, le apretaba el de la arbolea, aun antes de que tuviese tiempo de apearse el bueno del mayorazgo.

Su interlocutor frisaba en los treinta y cinco aúres; ceñía á la espalda rubia coleta, y estaba envuelto en

un capotillo de seda con mangas perdidas, ocultando su cabeza y hasta la mitad de una oreja, cierta monterilla andaluza muy llena de flecos y caireles. Aun antes que se acercase á Cartulina, ya le habia éste conocido, y no tardó en presentarlo a sus soldados diciendo.—Aqui teneis, ó bravos camaradas, al dulcísimo, aromático, y nunca como se debe alabado, D. Olegario Espátula y Malvavisco, Director y espendedor del repertorio farmaceutico de mi pátria. Y vos, ¡ó digno Don Olegario! (á quien sin quitar punto ni coma he oido en distintas ocasiones la descripcion ó definicion de vuestro oficio en los términos que acabo de referir) aceptad mi enhorabuena, y ved el contento que me rebosa al encontraros.

—Mayor de lo que creeis es el mio, repuso Espátula, porque no solo me ofrece la oportunidad de noticiaros cuanto ha ocurrido en el pueblo durante vuestra ausencia, sino la de reduciros á que abandoneis esa vida llena de trabajos, y la troqueis por otra mas grata y mas digna (con perdon sea dicho), de un hombre de vuestro nacimiento y fortuna.

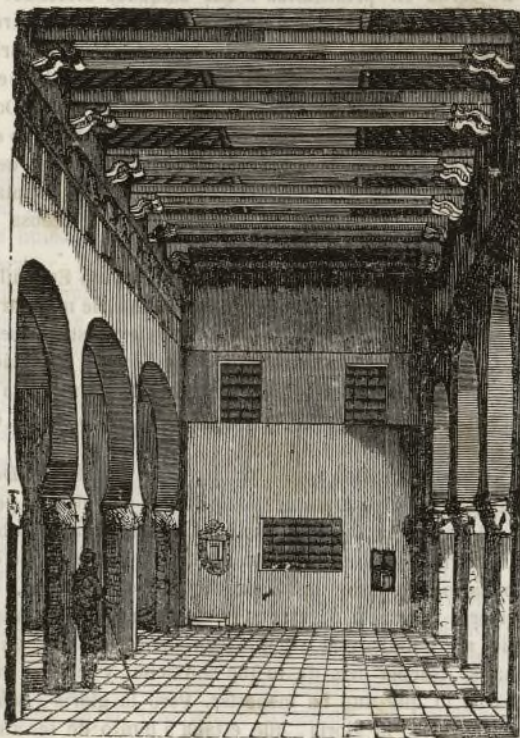
—Habeis hablado como un libro, gritó entonces Don Ruperto; y si no lo hubiéseis de tomar por alusion personal, añadiría, que vuestras razones han caido sobre mi espíritu, mas oportunamente que pedrada en ojo de boticario. Ya estoy harto de tajos y cuchilladas, de carreras y estacazos, y si os he de decir verdad, amigo mio, me hallaba mal avenido con una profesion, en la cual se trabaja mas de lo que conviene, y se goza menos de lo que uno ha menester. Pero la gloria, Señor D. Olegario! la gloria, que estaba á punto de ser atrapada del pico del faldellin por esta personita, en Ocaña, en Alcolea, en todas partes; la gloria, que aun no he podido alcanzar por un tantico solamente, ¿queis vos que la deje vagar á su antojo, cuando tal vez mañana me ciña de laurel? Ved aqui lo que me tiene todavia en las banderas; y para entre nosotros os digo en confianza, que aguardo se me haga la justicia de trasladar del hombro izquierdo al derecho aquesta charretera, y se me asigne el retiro, para tomar las de villadiago mas pronto de lo que pensais.

—Con todo, Señor mio, instó el jóven de la montera, seria lo mejor que comiesemos bajo estos árboles de lo que encierra la alforja que allí veis, y despues, si os agrada, os he de dar tales pruebas en apoyo de lo que llevo dicho, que juro no moverme de este lugar, ni tornar al mio con estas drogas, si no cede vuestra voluntad á mis razones, si no se ablanda vuestro ánimo, como cede la jaletina á la accion del fuego, y como se ablanda y disuelve la dorada píldora entre las fauces del enfermo á quien se propina.

No pareció á D. Ruperto tan desatinado al consejo, que debiera al momento desecharse; y asi, mandó á los de su escolta quitar el freno á los caballos, y que los dejasen pacer á voluntad en el vecino prado, como lo ejecutaron de buen talante, mientras que el mayorazgo y su compatriota sentados sobre el cesped á la margen de un arroyo, departian y embaulaban de suerte, que daba gozo el observarlos.

(Se continuará.)

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



IGLESIA DEL CORPUS CRISTI EN SEGOVIA.

Uno de los monumentos que, por su antigüedad y estructura marcadamente árabe, fijan la atención de los aficionados á las bellas artes en la ciudad de Segovia, es la iglesia de las monjas llamadas del *Corpus*. Antes de entrar en la ligera descripción de este templo, daremos una idea de lo que acerca de él y de su origen dice el Historiador de Segovia Don Diego Colmenares.

En el año de 1410, reinando D. Juan II, y hallándose este Monarca con la Reina su madre y la corte en la ciudad de Segovia, sucedió que un sacristán de la iglesia de San Fagun, pidió prestado dinero á un judío, el cual le exigió en fianza una ostia consagrada que podía sacar del sagrario ó custodia. Impulsado por la necesidad, accedió el sacristán á tan grande profanación, y entregó al judío aquella sagrada prenda, verificándose la entrega en la calle llamada en tiempo del escritor Colmenares, la *calle del mal consejo*, que salía á la cuesta de San Bartolomé.

Gozoso el judío dió aviso á los de su nación, y congregados en su Sinagoga, en medio de horribles execraciones, echaron la santísima ostia en un baño de agua hirviendo: pero al verificarlo tembló el edificio, rompieronse los arcos y pilares, y se elevó la

ostia en el aire, dejando atónitos á aquellos hereges, que procuraron cogerla y la llevaron al convento de Santa Cruz, cuyo prior convocó á los religiosos y llevó en procesion la sagrada forma hasta el altar mayor, suministrándola como Viático á un novicio enfermo, que devoto murió á los tres dias. Sabida la ocurrencia por el Obispo, dió este aviso á la Reina madre, y principiaron al momento las averiguaciones. Fue preso entre otros D. Mayr, médico judío, y segun se decia, el que hizo la compra, y el cual, puesto en tormento con otros, confesó con esta y otras culpas que habia muerto con veneno al Rey D. Enrique III, siendo su médico. Los culpables fueron arrastrados y ahorcados, y despues hechos cuartos. Ejecutado el castigo, fue el Obispo en solemne procesion á la Sinagoga, confiscada por el delito de los Hebreos, y cedida por el Rey y Reina al prelado, quien la purificó y dedicó al culto cristiano con la advocacion de *Corpus Cristi*. Hizo el Obispo donacion de este templo y casa accesoria á los canónigos de Parraces, quienes despues le vendieron á las religiosas franciscanas de la Penitencia, que pasaron á ocuparlo en 1572.

Constituyen esta iglesia tres naves; la de enmedio de techo mas elevado que las otras, está separada de ellas por dos órdenes de arcos cerrados en sus arranques en forma de herradura, que tanto caracteriza la arquitectura de aquella época. Descansan estos sobre pilares octogonales, que llevan en sus extremos chapiteles de sobrecargados pero graciosos adornos. Del mismo gusto, y mirando á la nave principal, se observa una graciosísima galeria corrida, cuyos arcos descansan sobre unas dobles columnitas. Esta galeria, aunque tabicada en la actualidad, debió servir antiguamente de tribuna, hallándose en pié á la misma altura que el techo de las naves colaterales. El techo ó artesonado de la nave principal es tambien de una construccion particular; cada una de sus vigas está sujeta á una tornapunta, y estas apoyan en unas grandes soleras que forman la cornisa de la iglesia, las que unidas por unos gruesos tirantes colocados á distancia de tres á tres varas, constituyen una armazon solidísima, que ha resistido por muchos siglos. El presbiterio y altar mayor son de construccion moderna, pues pertenecen al órden toscano.

La Iglesia de *Corpus Cristi* es, como hemos dicho, un objeto de curiosidad para los que visitan á Segovia; ciudad de tantos recuerdos históricos, y que conserva en su recinto el admirable acueducto, asombro de cuantos la contemplan. por su antigüedad y solidez, y por ser acaso el único monumento que sirve todavia para el mismo objeto á que le destinaron los romanos que le erigieron, la conduccion de las aguas que surten abundantemente á la ciudad.



LEYENDA HISTORICA.

EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE CABEZON (1).

IV.

Era en efecto el alcaide: sus cabellos estaban en desorden, sus ojos centellantes querian saltar de sus cuencas, sus labios trémulos se negaban á pronunciar una sola palabra, su figura toda era la figura de la desesperacion. Jamás la infeliz Inés habia visto á su padre tan descompuesto. Sobrecojida por una mortal incertidumbre, espera que su voz, que un gesto la saque de tan terrible zozobra. Pero todavia permanecen otro rato en silencio, el uno sin atreverse á romperlo, la otra indagando en sus miradas el secreto angustioso. Al cabo el valiente defensor del castillo, exclamó rompiendo en llanto.

—¡Hija de mi corazon!... ¿Lloras en este retiro lóbrego la partida de Pelaez?..

—¡Padre!

—¡Ah! llora, llora... no á tu amante, sino á tu padre y á tu madre... á ti misma.

—¿Qué desgracia nueva nos amaga? dijo Inés temblando.

—Hija de mis entrañas; ¿cómo pudiera decirtelo aunque quisiera? ¡Ah! no no me la preguntes... ¡Quien lo creeria!... El que ha resistido sereno las huestes de Castilla... El que siempre miró tranquilo el rostro de la muerte, y oyó sin estremecerse su carcajada espantosa, vierte ahora lágrimas de sangre, y fluctua entre dos extremos á cual mas sagrados... ¡voy á desfallecer en la lucha, no puedo elegir...

Inés ya pálida, ya encarnada, no podia resistir mas tiempo la duda cruel, que le sugeria un tropel de ideas á cual mas desgarradoras. ¿Pero padre mio, dijo azorada, esplicadme lo que decis?.

—No puedo... imposible, ¿acaso no adviertes en mi acerbo llanto, en mi terrible agonía, en este sudor frio que corre por los surcos que forman las arrugas de mi semblante, un misterio espantoso?... ¡Ah! ven á mis brazos... ¡que dulce consuelo es para un padre que los latidos de su corazon se confundan con los de una hija!... Todo perezca... Mas no, tu eres primero D. Enrique; ¿qué diria sino de mi la posteridad? y apartó con fuerza de sí á Inés. Esta creyó que el extremo gozo y entusiasmo del dia, habia herido con demasiada energia su cabeza ya débil por los años y turbado su razón; por lo cual corrió hácia la escalera para subir á dar cuenta á su madre del suceso.

—¡No subas! arriba está tu perdicion...

—¡Padre, Padre! no me direis... ¿qué es esto?

—Espera que te vea otro momento, pura como la virgen. Infames ¿qué exijis de un padre, de un esposo, de un noble, amante de su Rey?... Escucha Inés, esos proterbos escuderos han defendido el castillo para despues cometer la mas atroz villania, la mas negra

traicion... Hija mia, ó tu honor y el de tu madre, ó entregar Cabezon al Rey D. Pedro.

—¡Qué horror, qué perfidia! exclamó la candorosa doncella, retrocediendo unos pasos espantada. Y veniais á por mi, para abandonar la fortaleza, y dejarla á esos bárbaros, á esos monstruos? ¡Ah!...

—Lejos de eso, antes de faltar á mi Rey sacrificaré mis afecciones mas caras.

—¿Es posible? me engañais...

—No... ¡ya es hora!...

—Padre, disponed de mi vida, matadme si queréis, pero ni el Rey tiene derecho á exijiros tal sacrificio, ni vuestro poder alcanza hasta mi honor. No... Jamás...

—¿Oyes esos gritos horrendos? son de tu madre, de mi esposa que ya está en manos de esos demonios...

—¡Madre mia!!! corramos á salvarla... ¡Pelaez!

Este, que hacia tiempo que no podia contenerse de coraje, salió hecho un leon, con la espada desenvainada.

—Tu aqui, exclamó el Alcaide absorto de verlo salir de entre las armaduras enmohecidas, ¿has precedido á esos caribes?

—Sellad vuestros labios, le respondió con ronca voz, no estoy yo solo. ¡Vazquez! á salvar á Doña Blanca.

El semblante del alcaide mudó de espresion al ver el socorro inesperado de los dos valientes. Inés se armó de un puñal con ánimo decidido, y estrechándose los cuatro las manos, «¡á salvarla!» gritaron blandiendo los aceros. Un escudero que encontraron al fin de una galeria quiso vocear á sus cómplices ¡á las armas! pero la jóven guerrera le hizo exhalar con la palabra el espiritu; llegan á la puerta de la estancia, teatro de la escena mas dolorosa, mas criminal.... Cinco escuderos (los otros dos buscaban á Inés) luchan con Doña Blanca, que se resiste con las fuerzas de la desesperacion y de la virtud, á entregarse á sus inicuos deseos.

Tiene el cabello desgredado, ensangrentado el rostro como el genio de la rabia, y como los impulsos de esta furia, son fuertes su movimientos convulsivos... Al oir aquellos tigres los golpes que dan á la puerta para derribarla, y las voces amenazadoras de los que hacian muy lejos, se incorporan en el primer movimiento de sorpresa. De el se aprovecha Doña Blanca para irse á arrojar por una ventana al profundo foso que tenia por término. Si su esposo, despojándose del carácter mas venerado, atendia mas á la voz del Soberano que á los gritos de la naturaleza, ella en nada tiene el Rey, el mundo, la vida, si pelagra su honra... Mas por la elevacion de la ventana, no puede salvar de un salto al precipicio, y da lugar á que la cojan de nuevo, y la tiendan con una ferocidad capaz solamente de sus corajones de hiena... Los golpes arrecian... Los criminales se ensañan á la vista del peligro... Doña Blanca va á sucumbir... hace el último esfuerzo... y cae la puerta.

—¡Hija de mi alma!!! —¡Madre de mi corazon!!!! gritaron las dos heroínas estrechándose mutuamente y besándose con un delirio mas frenético que si acabaran de dejar las tumbas.

(1) Véanse los números 8 y 9.

Como los infames escuderos no tenían allí las armas, tuvieron que rendirse á discrecion; uno solo trató de escaparse, y Pelaez le hizo pagar con la muerte su osadía. Las espadas tenían levantadas para hacer con todos lo mismo, pero interponiéndose el Alcaide.

—Tened, les dijo, no os hagais verdugos de estas fieras desalmadas... son indignos de que les deis vosotros la muerte...

Luego que los hubieron encadenado, como tambien á los que buscaban á Inés, dieron lugar al sentimiento de alegría, abrazándose los tres con las lágrimas en los ojos.

Poco despues trataron de lo que se habia de disponer de los viles traidores. Vazquez juzgó que se pusieran á la disposicion del Rey, á cuyo parecer se opuso Pelaez, diciendo que estando tan próximos los enemigos, podian tener noticia de que el castillo quedaba desamparado, y por consiguiente determinaran venir á tomar sin trabajo lo que tanto habia costado defender.

—El Alcaide dijo, estos traidores se entregarán al Rey de Castilla para que los castigue como se merecen. Los Reyes de España no protegen la traicion... Vazquez, prepara dos caballos.

Y entregándose de nuevo á las efusiones de su corazon, se arrojó otra vez á los brazos de Pelaez; y ocultando la barba en su pecho, le decia en medio de los mayores transportes. Hijo mio... ¡Querido hijo mio! digno eres ya de Inés.

CONCLUSION.

Por la mañana muy temprano, ya habia dado cuenta el alcaide al Rey de Castilla, en presencia de su magnifica Corte, del motivo que le llevaba á su campo.

—D. Pedro contestó sañudo: ¡Ah viles!... yo haré en vosotros el mayor escarmiento... No... no debeis haber nacido en la noble España... Traedlos pronto á mi vista... Y tu valiente Alcaide que tan heroicamente has defendido a Cabezon contra mis tropas, y tan generosamente contra esos traidores, vuelve á el con diez fijosdalgos juramentados míos, que vivirán y morirán en tu servicio.

—Señor, le contestó el alcaide con ademan reconocido, admiro la generosidad real de V. A.; pero yo no recibo honores mas que de mi Soberano.

—¿Y qué le exigirás por tus glóriosos sacrificios?...

—Su aprecio, yo no hago mas que cumplir con mi obligacion.

—¡Ah! Si España, exclamó el Rey, tuviera como tu muchos hijos, sería la señora del mundo... Vete al castillo, virtuoso guerrero, acompañado de mi admiracion... Y aún me direis D. Pedro el Cruel!...

—Desde hoy os llamaré D. Pedro el Justiciero, Señor...

Pocas horas despues tenia delante los traidores é infames escuderos, cargados de afrentosas cadenas.

—¿Sois españoles? les preguntó.

—No Señor, respondieron, hemos venido de Francia al servicio de D. Enrique...

—Basta... ya lo presentia mi corazon... ¡vil bastardo, y aun te aclamarán los pueblos, llenándolos de traidores y á tus filas de mercenarios!...

Poco tiempo despues una hoguera devoraba los miembros dispersos de seis escuderos, y en Cabezon se preparaban unas justas en celebridad de las bodas del valiente Pelaez y de la bella Inés.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

FIN.

LITERATURA.

CARTA, TERCERA (1).

De D. Tomas de Iriarte á D. M. F. N.

Madrid 30 de Setiembre de 1784.

Muy estimado Sr. mio: Como la letra de V. no me ha dejado duda del verdadero Autor de la carta escrita á nombre de D. Pancracio Lesmes de San Quintin (2), no respondo á éste, sino á V. mismo, para decirle que he leído con gusto dicha carta, y que la he dado á leer á varios curiosos por cuyos manos anda corriendo. Todos los hombres sensatos habian ya juzgado aquí que el elogio del consabido General, no solo era exagerado, sino muy inoportuno. El Autor tenia escrito en profecía dicho elogio antes de recibirse en Madrid noticias del buen ó mal éxito de la expedicion; y aunque ésta no fué tan feliz como se esperaba, no quiso el Poeta desperdiciar los versos ya hechos. V. le nota cosas bastante substanciales, y solamente en un punto hubiera deseado que V. hubiese suspendido ó por mejor decir omitido toda censura, que es en lo de los *Sacres nadantes*, porque allí no se toma el sacre en la significacion de *culebrina* (como V. lo ha creído), sino en la de un ave llamada así, que es una especie de Halcon (3). En lo demas, lleva el panerigista algunos golpes críticos, á que le será difícil responder con razones que convenzan á los lectores juiciosos y desapasionados; aunque no le faltarán respuestas vagas y generales que dar; pero estas sirven de poco cuando se trata de hechos que seria preciso destruir con otros bien probados y notorios.

(1) Véanse los números 6 y 8.

(2) En el año de 1784 con motivo de la expedicion maritima de Argel, escribió el poeta D. Vicente Garcia de la Huerta un elogio del Exmo. Sr. D. Antonio Barceló, general que habia dirigido la desgraciada expedicion.

Fue el elogio tan mal acogido por las personas sensatas, que varios escribieron en su impugnacion opúsculos, y entre ellos fue uno D. M. F. N. que á nombre de D. Pancracio Lesmes escribió una carta que corrió manuscrita entre Iriarte y sus amigos, y es precisamente la que se cita en esta carta.

(3) El autor de la carta, ignoraba este otro significado de la palabra *sacres*; por cuya razon impugnó la asercion de *sacres nadantes*, que hubiera sido muy mal aplicada á las *culebrinas*, unico significado que el daba á la voz *sacres*.

En las palabras que V. cita, sacadas de unos versos antiguos míos, noto que V. (por no tenerlos sin duda presentes) no las copió cuales son, ó que acaso la copia que V. conserva estará viciada. Lo que puedo decir á V. es que en un libro de varias poesías mías que tengo corregidas en gran parte, está la carta que dirigí en 1774 á mi buen amigo el difunto Cadahalso; y que el lugar de ella, á que V. hace alusion, dice literalmente así, hablando de los malos traductores (4).

« ¡Oh! quiera el justo Apolo,
Pues se lo pido así en mis pobres versos
Que cuanto aquellos en su vida escriban
Quede como archivado en protocolo
Del librero *Copin* en la trastienda;
Que solo de ello los gusanos vivan
Y eterno polvo empuerque tal hacienda;
Que ni los confiteros la reciban,
Ni aun merezca servir para cohetes,
O para alfombra en lóbregos retretes!
Sí, legos traductores,
Caiga sobre vosotros mi anatema:
Viciosos corruptores,
Los que á la pura lengua castellana
Pegasteis una gállica apostema,
Que en su cuerpo no deja parte sana. »

Lo que V. nota sobre el epíteto *sonoras*, atribuido en castellano á tempestades, es muy fundado. Traduciendo yo el lugar de Virgilio, á cuya imitación dijo malamente Huerta *sonoras tempestades*, usé el epíteto de horrisonas que incluyendo la idea de sonar, califica la naturaleza del sonido de que se trata. ¿Quiere V. leer todo aquel lugar de Virgilio según mi traducción? Este es:

« Allí es donde el Rey Eolo aprisiona
• De una caverna en el inmenso espacio
• *Horrisonas* borrascas, y huracanes
• Que entre sí luchan. Todos irritados
• Braman de aquella cárcel á las puertas
• Con ronco son los montes atronando;
• Sentado en la alta cima, el cetro empuña
• Eolo, y temple su furor insano;
• Porque á no ser así, mar, tierra y cielo
• Arrebataran por el aire vago. »

Basta de citas. Deseo lo pase V. bien, y que mande con entera confianza á su afecto amigo y seguro servidor

Tomas de Iriarte

(4) Esta composición es la primera que se halla impresa en el tomo II de las obras de Iriarte publicadas después de su muerte por su hermano. Es una epístola dirigida á Cadahalso hallándose este en el Montijo, pueblo de la provincia de Estrema-

P. D. interesante de otra carta del mismo, fecha 27 de Marzo de 87.

Ya sabrá V. que murió el pobre Huerta, y que ha dejado vacante una silla en el Parnaso, y una jaula en Zaragoza. He sentido su pronta muerte, por su persona, á quien nunca tuve odio, sin embargo de que hizo todo lo posible por perder cuantos amigos tenía, y yo uno de ellos; pero en cuanto Autor, creo (y entre nos sea dicho) que el buen gusto nada ha perdido. — Ahora me ocurre el modo de reducir á un epitafio en verso el pensamiento que apunto arriba; pero no diga V. á nadie que es mío, porque no quiero meterme con los muertos.

« De juicio sí, mas no de ingenio escaso,
» Aquí Huerta al audaz descanso goza:
» Deja un puesto vacante en el Parnaso
» Y una jaula vacía en Zaragoza. » (5)

POESIA.

EL VINO Y EL AMOR.

Ayudadme á cantar bellas pastoras,
Que la ribera hollais del Manzanares,
Y al tañer de las cítaras sonoras,
Cantando olvidaremos los pesares.

Echad vino en las copas y brindemos
Por el Dios de la gracia y los amores,
De los dolores no nos acordemos,
Y olvide cada cual sus sinsabores.

dura, en la cual le describe el estado de la literatura en la corte, principiando con este verso,

Tu que en ese rincón de Estremadura etc.

Entre este trozo y la composición impresa se nota una variación, en el quinto verso. Dice así la composición impresa.

Que cuanto aquellos en su vida escriban
Quede como archivado en protocolo
Del mas necio librero en la trastienda.

Esta variación lo hizo sin duda el hermano del autor, por no chocar directamente, ni criticar á personas determinadas.

(5) Este mismo epitafio se ha publicado ya en un artículo biográfico de Huerta, pero se duda en dicho artículo si será de Iriarte á quien se atribuye; por eso hemos creído interesante esta P. D. Huerta con efecto fue enemigo de todos los literatos de su tiempo; y no perdonó ni aun á los antiguos. Con todos mantenía polémicas, y á todos criticaba, era tan original en sus costumbres, como en sus ideas literarias; empeñado á toda costa en llevar adelante sus proyectos de reforma literaria, se creó una escuela nueva cuyo lema era *españolismo*, y no había quien pudiese hacerle comprender y admitir las mejoras y adelantos de las demás naciones. Era esta idea una especie de *caballerismo* en el, y le poseía de tal modo, que á el mejor de sus amigos ridiculizaba siempre que directa ó indirectamente despreciaba ó ajaba sus pretendidos ídolos literarios; por esta causa Forner, Iriarte, Jove-Llanos y todos los literatos del siglo pasado, nos han dejado escritos, romances, é invectivas, contra el y sus doctrinas; criticándole unos de pedante, otros de loco, los mas de intratable é incorregible, á pesar de no negarle ingenio y facundia.

El vino alegrará los corazones,
 El amor nos dará gratos placeres,
 Todo nos brinda hermosas, ilusiones,
 Y todo sois encantos ¡oh! mugeres.
 Cante de otro mas sábio el estro fiero
 La fraticida guerra y sus horrores,
 Que yo de mis zagalas solo quiero
 Las gracias admirar y los amores.
 Cual de los dos merezca mas aprecio,
 El mundo lo dirá, si le dá gana,
 Que yo ni de científico me precio,
 Ni me importa un confite adquirir fama.
 Venid pues á mi lado bellos seres
 Nacidos para encanto de los hombres,
 Que todo al contemplaros son placeres,
 Y busquen otros con afán, un nombre.

A vuestro lado la flor

Vive lozana y hermosa

Y los encantos de amor

La vida hacen deliciosa,

En medio de tanto horror.

Cantemos pues con placer

Y brindemos á la par,

Y los pesares de ayer

Hoy los veremos pasar

Convertidos en placer.

Brindemos, cantemos,

Gozemos sin tasa;

Alegres vivamos

Que el tiempo se pasa

Y no vuelve mas.

Dame tu esa copa

Dorisa la bella,

Y quiera mi estrella

Que alegre y cantando

Deseche olvidando

Pesares de ayer.

Y al ver en tus ojos

De amores el fuego,

Y al ver en tu boca,

De gracia el dechado;

De el mundo olvidado

Por siempre yo esté.

No pensaré de hoy mas en los azares

De ese mundo falaz y engañador,

Solo al margen del lento Manzanares,

A Baco he de cantar ébrio de amor.

L. VILLANUEVA.

MISCELANEA.

Epocas de los principales descubrimientos geográficos (1).

	Años de J. C.
El Rio de la Plata, por el mismo,	1516
La China, por Fernando de Andrada, portugués,	1517

(r) Véase el número anterior.

Méjico, por Hernando de Córdoba,	1518
Hernan Cortés la conquistó,	1519
Tierra del Fuego, por Magallanes,	1520
Las Islas de los ladrones, por el mismo,	1521
Las Filipinas por el mismo,	1521
La América Septentrional, por Juan Verazani,	1523
El Perú, Pizarro lo conquistó,	1524
Las Bermudas, por Juan Bermudez español,	1527
La Nueva Guinea, por Andres Vidaneta, español,	1528
Costas inmediatas á Acapulco, por orden de Cortés,	1534
El Canadá, por Jayme Cartier, frances, 1534 y 1535	
La California, por Cortés,	1535
Chile, por Diego de Almagro, español, 1536 y 1537	
La Acadia, por Roverbal, frances, se estableció en la isla Real,	1541
Camboya, por Antonio Faria y Sousa, y Fernando Mindez Pinto,	1541
Diego Jamoto y Cristobal Borrello en el Japon el Oeste. Fernando Mindez Pinto, en el Este en Bungo.	1542
El Missisipi, por Moscoso Alvarado,	1543
El estrecho de Waigats, por Steven Borrough,	1556
Islas Salomon, por Mendana,	1567
Estrecho de Frobisher, por Sir Martin Frobisher,	1576
Estrecho de Davis, por John Davis,	1587
Costas de Chile en el mar del Sur, por Pedro Sarmiento,	1589
Islas Maluinas ó Falkland, por Hawkins,	1594
Viage de Barentz á la Nueva Zembla,	1594
Marquesas de Mendoza, por Mandana.	1595
Santa Cruz, por Mandana,	1595
Tierras de Santo Espiritu de Quiros, Ciclades de Bougainville, nuevas Hebridas de Cook,	1606
Bahia de Chesapeake, por John Smith,	1607
Quebec, fundada por Samuel Champlain,	168
Estrecho de Hudson, por Enrique Hudson,	1610
Bahia de Baffin,	1616
Cabo de Hornos, por Jacob Lemaire,	1616
Tierra de Diemen, por Abel Tasman,	1642
Nueva Zelandia por el mismo,	1642
Islas de los Amigos, por el mismo,	1643
Islas de los Estados, al Norte del Japon, por de Uries	1643
Nueva Bretaña, por Dampier,	1700
El estrecho de Bering,	1728
Taiti, por Wallis,	1767
Archipiélago de los Navegantes, por Bougainville,	1768
Archipiélago de la Luisiada, por el mismo,	1768
Tierra de Kerguelen ó de Desolacion,	1772
La Nueva Caledonia, por Cook,	1774
Islas Sandwich, por el mismo,	1778
Isla Chatham, por Broughton,	1791
Nuevo Shetland del Sur, por W. Smith,	1808
Isla de Pedro I, por Bellingshausen,	1821
Tierra de Enderby, por Biscoe,	1831
Sur Groenlandia, por B. Morrel.	1833
Tierra de Victoria, por Simpson,	1838
Tierra de Luis Felipe y de Joinville, por Dumont, d'Urville,	1838
Tierra de Adelia, por el mismo,	1839
Islas Balleny, por Balleny,	1839

MADRID.—IMPRENTA DE D. F. SUÁREZ, PLAZUELA DE CELENQUE 3.